

MENSAJE A LAS FAMILIAS

El mejor evangelizador es el que predica con su vida.

Por ANA MARÍA BALDRICH
RUBÉN GRAVIÉ
Presidentes del MFC

En primer término, un saludo afectuoso con el deseo de que las pasadas fiestas navideñas las hayan disfrutado con el afecto la unión y la alegría que proporciona el reunirnos en torno a la mesa familiar para celebrar la irrupción en la historia del Dios que se hace hombre por amor al hombre y a todo hombre, independientemente de las ausencias dolorosas que laceran nuestro corazón.

En este año 2009 entramos en el tiempo de la Cuaresma, período de gracia en el cual la Iglesia nos propone el adentrarnos de manera especial en nosotros mismos, dejando así, en un segundo plano, las urgencias que absorben nuestra vida cotidiana.

En verdad, ¿cuántos valores humanos y religiosos hemos dejado de transmitir porque nuestro tiempo se ha consumido en buscar afanosamente la manera de resolver zapatos de marca o el MP4 que anhelan nuestros hijos porque está de moda en la calle?

Sin negar la importancia relativa que encierran esos bienes materiales para facilitarnos la vida y hacerla más agradable, ¿hemos ofrecido en todo momento el testimonio de que lo realmente importante y valedero es lo que somos y no lo que tenemos?

La Iglesia universal ha dedicado este año litúrgico a rendir especial homenaje a uno de los más grandes apóstoles: san Pablo, de cuyo nacimiento se cumplen 2 mil años. El Apóstol de los gentiles es uno de los que más trabajó por la universalidad de la Iglesia de Cristo.

Se trata del converso por excelencia, quien, después de un encuentro personal con Cristo resucitado, fue capaz de cambiar radicalmente el sentido de su vida, al pasar de perseguidor de cristianos a propagador incansable, por amor a Cristo y a sus semejantes, de la Buena Nueva para la salvación de todas las naciones.

En esta Cuaresma, queridos hermanas y hermanos, busquemos ese tiempo para entrar en nuestro interior y examinarnos a la luz de la ley que Dios inscribió en el corazón de cada hombre, cuando por amor nos llamó a la vida: *haz el bien y evita el mal*. El mal que a veces reviste formas humanas tan engañosamente atractivas y hasta aparentemente justificables. Ese mismo mal que en el mundo de hoy exacerba el egoísmo con su *todo vale*, no importa a quién usemos o quitemos del camino.

Imitando a san Pablo, seamos misioneros de la palabra de Dios. Para lograr esto, sin embargo, debemos hacernos el firme propósito de cambiar actitudes que lastiman o no mejoran la vida de los que nos rodean, y, para ello, debemos empezar por el entorno más cercano: nuestra familia. Nunca olvidemos que el mejor evangelizador es el que predica con su vida.

Dios, que es bondad y misericordia, siempre estará a nuestro lado para tendernos su mano y ayudarnos en nuestros propósitos de cambio. Él siempre nos ama incondicionalmente.

Que así sea.